

# Con el Doctor Juan José Arévalo\*

Por: FEDRO GUILLEN

(Profesor de la U.N.A.M.)

—¿Cuáles fueron sus primeras aspiraciones de intelectual?

—Soñé como todo adolescente normal —responde el Dr. Arévalo, ex-Presidente de Guatemala— con llegar a ser un hombre famoso. Creía entonces que todos los grandes hombres eran poetas y novelistas. En ambas direcciones mi modelo europeo fue, ¡poca cosa! Víctor Hugo. En prosa, el ilustre guatemalteco José Rodríguez Cerna. Estudié retórica y literatura universal, antes de que el colegio me lo exigiera. Ya desde los catorce años puedo decirle que "fabricaba versos". Mi primera novela la escribí en Chiquimula, a los quince años...

Hombres de ideas y de acción, el último parece querer absorber al primero en el conocimiento que las mayorías tienen del doctor Juan José Arévalo. No es la primera vez —ni la última— que la política ensaya estos juegos con un poco de magia: escamotea valores, rebaja el verdadero perfil de quien en este caso, tiene una existencia de combate, pero también de estudio. Ha realizado el viaje —¡hermoso viaje siempre!— de literato a escritor político, pasando por la pedagogía, la sociología y la filosofía. Y ha sabido nutrirse, en cada trecho de su vida, con la savia regeneradora de la cátedra, semillero fecundo, campo de batalla para la guerra santa de las ideas.

Los años posteriores al que dejó la Presidencia los ha vivido el doctor Arévalo, viajando, escribiendo, ganando amigos —imaginamos que también perdiendo otros— aus-

---

(\*) Especial para "Tareas".

cultando los signos del Nuevo Mundo, heredero de una tradición que ha defendido nuestros fueros frente a todos sus enemigos. No hace mucho tiempo viajó de la encrespada Caracas al transparente Valle de México y ni tardos ni perezosos nos hemos acercado a oír confesiones de su vida interior, en diálogo de universitario a universitario, guardadas las proporciones. Prosigamos:

—¿Crecieron satisfactoriamente aquellos ideales...?

—A satisfacción mía, desde luego: pero sin éxito alguno más allá de mi narcisismo. Llegué a publicar versos, prosas y hasta cuentos en diarios y revistas de Guatemala. Con dos compañeros normalistas en mi primer año de magisterio, lanzamos la revista "Alba". Pequeños periódicos de Escuintla y Jalapa (Guatemala) publicaron cosas mías en 1925. En 1926 fui a París para imprimir un libro didáctico, primer jalón como autor pedagógico. Durante ese viaje leía con devoción a Rodó y a Vasconcelos. En 1929 la revista "Universidad de Buenos Aires" empezó a publicar mis colaboraciones, entre ellas mi única novela: "Monsieur Caffé". Por fin en 1933 pude expresarme en otra forma: publiqué mi libro "Viajar es Vivir", en donde ya la literatura aparece preñada de filosofía.

—¿Y después de "Viajar es Vivir"...?

—"Viajar es Vivir" fue como el canto del cisne respecto a mis sueños literarios de juventud. Mis lecturas filosóficas en la universidad transformaron mis métodos de trabajo intelectual, y con los métodos mi estimativa literaria. Me apasioné por los problemas filosóficos y llegué a soñar en ser yo también un pensador universalista. Filosofía y pedantería andan siempre juntas, y por aquella época llegué a sentir lástima de los poetas y de los novelistas. Como también llegué a sentir desprecio por los políticos...!

Las últimas frases del doctor Arévalo provocan ese intercambio fugaz de miradas, conjunción de intenciones que se encuentran. "Filosofía y pedantería andan siempre juntas" dice el ex-Presidente. Nos parece verdad de a kilo. No es un ataque contra el filósofo auténtico, sino contra el que cree su obligación enmarañarlo todo, en pleito a veces hasta con la higiene personal, como muchos que "agonizan" en las riberas del Sena y en otras riberas...

—¿Quedó algo positivo de sus sueños de intelectual?

—Por fortuna, no todo fue pedantería. Sabios profesores de la Universidad de La Plata me enseñaron la técnica del trabajo académico. Y me estimularon publicando varios de mis ensayos: Platón, Kant, Sarmiento, como trabajos de seminario. Finalmente mi tesis doctoral: "La pedagogía de la personalidad", que marca el jalón definitivo de mi cambio de gustos y preferencias intelectuales. A raíz de esto yo me incorporo, bajo influencias alemanas, al género de escritores filosóficos. Pedagogía y filosofía unificadas en un solo compromiso intelectual. Esa tesis de 1934 fue publicada "recién" en 1937.

—Díganos doctor, ¿no fue entonces cuando le tocó volver a Guatemala...?

—Efectivamente. Pero tropecé con un gran estorbo. Yo había sido ubiquista delirante en 1928. Ahora que retornaba a Guatemala, "mi candidato" estaba en el poder. Pero me recibió con una piedra en cada mano, y me prohibió que diera conferencias sobre temas filosóficos. Indignado, resolví desahogarme en aquello que no se me había prohibido: escribir artículos. Pero en la época el único que se atrevió a publicármelas fue Rafaelito Arévalo Martínez (autor de "El hombre que parecía un caballo", libro magistral) en su "Boletín de la Biblioteca". Allí cupo mi ensayo filosófico "Intimidad", mi monografía "Cinco centavos de Axiología" y mi "Presentación de Arturo Marasso". Amenazado Rafaelito desde el Palacio Presidencial tuve que suspender esas publicaciones. Y me guarecí en la pedagogía: dos nuevos libros de lectura con Osegueda y Monsanto y mi "Geografía Elemental de Guatemala". Encerrado a piedra y lodo en mi casa, escribí el ensayo político-sociológico: "Istmania, tierras del Istmo", que solamente llegó a conocer Juan José Orozco Posadas. Aquella prohibición de expresarme intelectualmente y los fusilamientos de 1934 me movieron a emigrar de Guatemala y volví a la Argentina vía Hamburgo. A bordo de un trasatlántico escribí "Las cuatro raíces del servilismo" que no pudo ver, como "Istmania", la luz pública sino hasta 1945.

El doctor Juan José Arévalo —pensamos a mitad de este diálogo un tanto cuanto peripatético— ha tenido la virtud de los amigos de siempre. Acaba de mencionar a algunos —uno de ellos Orozco Posadas, entusiasta promotor de la

campana presidencial arevalista— y en el caso del doctor Raúl Osegueda que es el que más hemos tratado conmueve su acendrado espíritu, su adhesión al amigo Arévalo, como que los últimos años, desterrados ambos, coincidieron como maestros en la Universidad Central de Caracas.

También ha deslizado el ex-Presidente una confidencia aleccionadora: escribió a bordo de un trasatlántico. O sea que posee el don del trabajo tan desairado en estas latitudes. Mientras el viaje sugiere "fuga", dicen los sicólogos, y la existencia muelle del barco invita a esa convencional "vida de millonario", he aquí a un joven latinoamericano que en medio del marco fastuoso recuerda uno de nuestros peores males: el servilismo. Y llena hojas y hojas mientras el barco danza sobre las aguas y otros danzan más peligrosamente en salas nocturnas.

—¿Esa nueva emigración fue buena o mala para sus empeños de intelectual...?

—El saldo fue positivo. Las universidades argentinas fueron generosas conmigo, y como catedrático en varias de ellas pude sumergirme en el estudio y el trabajo, profundizando en aquellos problemas que más me interesaban. En 1939 el pedagogo español Lorenzo Luzuriaga publicó en Tucumán mi ensayo sociológico "Marco social de la educación de nuestra América". El mismo año pronunciaba en La Plata mi conferencia (publicada muy tarde) "Cultura y posibilidades de cultura en América Central". En ese mismo 1939 la Universidad de Buenos Aires publicó mi pequeño libro "La filosofía de los valores en la pedagogía" que me dió acceso a la categoría de profesor en aquella gran Universidad. Dos años más tarde la misma Universidad publicó un nuevo libro mío: "La adolescencia como evasión y retorno". Mucho material tenía yo para nuevos libros y ensayos cuando me llegó el llamado de la juventud de Guatemala que necesitaba un candidato presidencial.

—Y... ¿la política apagó sus inquietudes de intelectual...?

—Por fortuna no fue así. La política de trinchera, la pelea pública por los derechos del pueblo guatemalteco me hicieron descubrir nuevos temas para el trabajo intelectual. Yo me ví precisado a llevar el anti-imperialismo desde la calle hasta el propio despacho presidencial. Me convertí en un combatiente contra los enemigos de la salud y de la cul-

tura de mis compatriotas. Escribí discursos, desde los de barricada, como aquel de los "cangrejos" inolvidable para algunos de mis adversarios hasta los más serios análisis de teoría política. Muchos de esos discursos tuvieron resonancia fuera de Guatemala, especialmente el último: el de los "cartagineses" publicado por "Cuadernos Americanos" como suceso continental.

(El ex-Presidente se refiere al discurso cuando entregó el poder al coronel Arbenz. Excelente pieza de análisis político. Realmente los presidentes en estos mundos nos tienen acostumbrados a mero protocolo, cuando ceden la banda presidencial al sucesor).

—¿Y allí paró la cosa...?

—Allí hubiera parado de no haber sucedido la agresión contra mi país en 1954. En defensa del pueblo guatemalteco, agredido en una forma nueva por las fuerzas regresivas, escribí "Guatemala, la Democracia y el Imperio", de 1954, terminado el mismo día que Arbenz abandonó la Presidencia. Dos años después vino "Fábula del Tiburón y las Sardinas" (1956) y finalmente "Antikomunismo en América Latina", de 1959. Estos tres libros constituyen una trilogía, son consecutivos. Tengo escrita la obra final que convertiría ésto en tetralogía "El Imperio Interpolar de Occidente"...

—Por último, doctor, ¿hay algún programa de tareas intelectuales para el futuro...?

—Si la situación de Guatemala me lo permite, iré dando a la imprenta todo lo que tengo inédito. Además del libro mencionado, tengo ya escrito "Despacho Presidencial", que son confidencias sobre cosas que ignoran casi todos los guatemaltecos. Tengo también casi terminado: "Memorias de Aldea", recuerdos de la infancia y de adolescencia. Está listo pero necesita alguna documentación, "La Inquietud Normalista", o sean las memorias de un estudiante. Por el momento trabajo sobre un tema sociológico: ¿Existen en América Latina las mismas clases sociales que en Europa...? Finalmente me propongo dar forma definitiva a un viejo libro inédito remodelado al calor de mis cátedras de Caracas: "Introducción a una pedagogía superior".

\*

Hasta aquí el diálogo con el doctor Juan José Arévalo, cuyo hilo de temas fuimos enhebrando en varios encuentros

bajo el cielo del Valle. El último entre el archipiélago de 25,000 libros de la biblioteca que Isidro Fabela ha cedido al pueblo de México para la "Casa de la Cultura" que llevará el nombre del ilustre internacionalista.

Deleita ver a un ex-Presidente latinoamericano como el doctor Arévalo, recorrer, goloso, los estantes, buscar títulos, redescubrir amigos empastados. En vano el guía amable muestra cuadros, objetos de museo. El visitante sólo quiere atender lo suyo, el orbe bibliotecario de la "Casa del Risco" cuyos muros datan del Siglo XVII.

El doctor Arévalo sabe organizar el río de la charla con una cortesía muy guatemalteca y celebra las ocurrencias chapinas —¡tan del agrado nuestro!— que rebotan con su grano sempiterno de sal.

Su itinerario intelectual, sin tregua, ha sido ejemplar. Con disciplina y templanza mantiene su proverbial vigor y el amago de plata en la cabeza no puede pesar sobre un hombre que ríe siempre, que tiene como guardia pretoriana de su salud una cordialidad, dijéramos, estudiantil, una forma de camaradería universitaria para buscar la semilla de otro término: universal.

Intelectual de mano fecunda el doctor Arévalo honra a Guatemala y es conocido —y comentado— no sólo en lares del castellano. Su figura política se perfila como nuevo presidente de su patria. Rescatar parte de su historia —la intelectual por encima de las balumbas políticas— es labor para aquilatarla mientras llega un mañana ajeno a pasiones callejeras. Aunque hayan sido las mismas calles y plazas, con su bullir que sólo temen los medrosos, donde recibió, como ha dicho en este diálogo, el impacto vital que fue motor de creaciones que no terminan.

México, 1962.